

Clásicos Modernos

Chocolate amargo

Mirjam Pressler



ANAYA

Título original: *Bitterschokolade*

1.ª edición: febrero 2016

© Del texto: Mirjam Pressler, 1980
© De la traducción: Moka Seco Reeg, 2009
© Grupo Anaya, S. A., 2016
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez
De la ilustración de cubierta: Germán Gómez Arranz, 2016

ISBN: 978-84-698-0844-3
Depósito legal: M-37467-2015
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Clásicos **Modernos**

Chocolate amargo

Mirjam Pressler



Traducción:
Moka Seco Reeg

ANAYA

Índice

Capítulo 1	9
Capítulo 2	18
Capítulo 3	26
Capítulo 4	33
Capítulo 5	38
Capítulo 6	44
Capítulo 7	55
Capítulo 8	63
Capítulo 9	70
Capítulo 10	81
Capítulo 11	88
Capítulo 12	97
Capítulo 13	106
Capítulo 14	120
Capítulo 15	128
Capítulo 16	135
Capítulo 17	143
Capítulo 18	150
Capítulo 19	158

1

Eva —dijo el señor Hochstein.

Eva agachó la cabeza, cogió su pluma y se puso a escribir.

—Eva —volvió a decir el señor Hochstein.

Eva agachó todavía más la cabeza, cogió el lápiz y la regla y dibujó la pirámide. No le oía. No quería oírle. No quería levantarse ni tener que salir a la pizarra. Vaya, se había movido. Sin mirar tanteó en busca del estuche, pasó los dedos sobre los objetos: los lápices duros, un pequeño sacapuntas metálico y anguloso, el bolígrafo con el clip roto... Pero ni rastro de la goma. Cogió su mochila, se la puso en las rodillas y siguió rebuscando con la cabeza agachada. Uno se puede pasar mucho tiempo buscando una goma. Una goma es algo muy pequeño dentro de una mochila.

—Barbara —dijo el señor Hochstein.

En la tercera fila se levantó Babsi y se dirigió a la pizarra. Eva no levantó la mirada. Pero, aun sin mirar, sabía cómo

caminaba Babsi, con sus piernas largas y delgadas, su pequeño trasero y sus estrechos vaqueros.

Eva encontró la goma y volvió a colgar la mochila en su sitio. Borró la línea movida y la volvió a trazar.

—Muy bien, Barbara —dijo el señor Hochstein.

Babsi regresó a su sitio por el estrecho pasillo que había entre las filas de mesas y se sentó. El chirrido de su silla se confundió con el timbre.

Tercera hora: gimnasia. Carcajadas y risas ahogadas en el vestuario. Iba a ser un día muy caluroso, ya hacía calor. Eva se puso sus pantalones de chándal negros, como siempre, y una camiseta también negra de mangas cortas. Fueron a la cancha de deporte. La señora Madler tocó el silbato y todas las chicas se pusieron en fila. Balonmano.

10 ■

—Que Alexandra y Susanne elijan los equipos.

Eva se agachó, se desató el lazo de su zapatilla de deporte izquierda y sacó el cordón para volver a meterlo.

Alexandra dijo:

—Petra.

Susanne dijo:

—Karin.

Eva introdujo el cordón por los dos agujeros inferiores y lo estiró tirando de los dos cabos hasta que las dos partes quedaron exactamente igual de largas.

Karola, Anna, Ines, Nina, Kathrin...

Eva fue enhebrando el cordón muy lentamente.

Maxi, Ingrid, Babsi, Monika, Franziska, Christine...

Eva se dispuso a hacer el lazo. Cruzó los dos extremos e hizo un nudo.

Sabine Müller, Lena, Claudia, Ruth, Sabine Karl...

Eva deslizó los dedos sobre el cordón, hizo un lazo con cada uno de los extremos y los mantuvo sujetos con el dedo pulgar y el índice de cada mano.

Irmgard, Maja, Inge, Ulrike, Hanna, Kerstin...

«Tendría que volver a lavar las zapatillas de deporte —pensó Eva—, están hechas un asco».

Gabi, Anita, Agnes, Eva.

Eva terminó de hacer la lazada y se incorporó. Estaba en el equipo de Alexandra.

Eva sudaba. El sudor le corría por la frente, se deslizaba sobre sus cejas y seguía bajándole por las mejillas, a veces se le llegaba a meter en los ojos. Una y otra vez se lo tenía que secar con el antebrazo y con el dorso de la mano. El balón era duro y pesado, le hacía daño en los dedos cuando lograba interceptarlo de pura casualidad.

■ 11

También las otras tenían grandes manchas de sudor debajo de las axilas cuando terminó la clase. Eva regresó muy lentamente al vestuario y también se rezagó al desvestirse. Cuando se cubrió con su enorme toalla y abrió la puerta, solo quedaban un par de chicas en las duchas. Se dirigió a una de las duchas del fondo, a la de la esquina. Al ducharse sí que se dio prisa, dejó que el agua fría le corriera por la espalda y el vientre, pero por la cabeza no, que si no luego se eternizaba con el secador. Se echó agua en la cara con las manos. Las salpicaduras dejaron manchas oscuras en la pared de cemento. Eva se había quedado completamente sola en las duchas. Se secó con toda tranquilidad y se volvió a poner la toalla sobre los hombros de forma que le tapara el pecho y la tripa. Ya no quedaba nadie en el vestuario. Justo acababa de ponerse la falda, cuando la señora Madler abrió la puerta.

—¡Ah, Eva! Todavía sigues aquí. Cuando termines, me traes la llave.

Eva se tapó el pecho con los brazos y asintió.

El recreo ya había empezado. Eva fue a la clase a por su libro y se dirigió al patio. Se abrió paso entre las otras chicas hasta que llegó a su esquina, la que daba a la verja: ¡su esquina! Se sentó al borde del murete de cemento que servía de soporte a la verja y pasó rápidamente las hojas del libro: buscaba el lugar en donde había interrumpido la lectura la noche anterior. Muy cerca de ella estaban Lena, Babsi, Karola y Tine. Babsi era la más guapa con diferencia: ¡hacía falta valor para atreverse a llevar una camiseta blanca tan ajustada sin sujetador!

12 ■

Eva encontró la página que buscaba: «Miré el cadáver, aquel cuerpo consumido. Las arrugas de su cara, a pesar de que a lo sumo tendría treinta y cinco años. Había fallecido de una muerte muy común entre los indios. De inanición. Mastican hojas de coca para no sentir el hambre y de repente, un día, se derrumban y no vuelven a levantarse».

—Ayer estuve en la discoteca. Con Johannes, el hijo del doctor Braun.

—¡Hala, Babsi! ¡Qué envidia! ¿Y cómo es de cerca?

—Genial, ¡y no veas cómo baila!

Eva continuó leyendo su libro, *¿Por qué muestras la luz al mundo?*: «Me pasó de todo por la cabeza, desde la cultura del sibaritismo y de la delgadez hasta la dieta de Hollywood. Desde la eliminación de excedentes de producción en la Comunidad Económica Europea hasta los inhibidores del apetito que se recomiendan en los escaparates de las farmacias».

—¿Fuisteis en su coche?

—Pues claro.

—Mi hermano le conoce, coinciden en una clase.

«Yo sabía que él pasaba hambre. Como yo. Al final tuve que recurrir a los imperdibles, mis caderas se habían reducido alarmantemente y todas las faldas se me caían. Estaba haciendo la dieta de adelgazamiento más natural que existe: apenas tenía para comer».

Las chicas se echaron a reír. Eva ya no podía oír lo que decían, susurraban. Franziska se sentó junto a Eva.

—¿Qué lees?

Eva cerró el libro, manteniendo entre el dedo anular y el corazón las páginas que todavía no había leído.

■ 13

—¿*Por qué muestras la luz al mundo?* —leyó Franziska en voz alta—. He oído hablar de él, ¿te gusta?

Eva asintió.

—Es interesante. Y a veces triste.

—¿Te gustan los libros tristes?

—Sí, creo que un libro es bueno cuando al menos te hace llorar una vez.

—Pues, si te digo la verdad, yo nunca lloro cuando leo. Pero, en cambio, en el cine, cuando la historia se pone triste, enseguida me pongo a llorar como una Magdalena.

—A mí me pasa lo contrario: en el cine no lloro nunca y, en cambio, al leer, muy a menudo.

—Alguna vez podríamos ir juntas al cine, ¿te apetecería?

Eva se encogió de hombros.

—Por mí...

Y ella, ¿cuándo lloraba? ¿Qué era lo que al leer la hacía llorar? Pues, la verdad, casi siempre eran palabras cursis, como

amor, caricias, confianza o soledad. Eva miró a Karola y a Lena. Lena había rodeado con su brazo a Karola, muy posesivamente, con suma arrogancia. Así, exactamente de esa misma manera, era como antes Karola solía rodearla con su brazo. Eva conocía esa sensación cálida que le invadía a uno cuando otra persona le rodeaba con su brazo, tan abiertamente y delante de toda la gente, como si fuera lo más natural del mundo, como si no pudiera ser de otra manera y siempre hubiera sido así. Hacía daño verlo desde fuera. ¿No sabían los que lo hacían que esa intimidad mutua que se demostraban hacía daño a los demás? A los que no tenían a nadie, a los que estaban solos, sin posibilidad de acercarse a otra persona y abrazarse a ella siempre que quisieran y sin pensárselo dos veces.

Eva se levantó.

—Me voy a por un té —dijo.

No quería herir a Franziska, la única que la saludaba cuando entraba en clase por las mañanas.

Eva siempre llegaba tarde, en el último momento. En la esquina de las calles Friedrichstraße y Elisabethstraße había un reloj y ahí se quedaba todos los días hasta las ocho menos cuatro minutos, para no llegar demasiado pronto y ahorrarse así el matutino «¿qué-es-lo-que-hiciste-ayer?».

El té estaba aguado y demasiado dulzón. Pero, al menos, estaba caliente.

Eva estaba delante del escaparate de la tienda *gourmet* Schneider. Se había pegado al cristal del escaparate para no tener que ver su reflejo: una Eva borrosa y deforme. No quería verse así. No tenía que mirarse para saber que estaba demasiado gorda. Casi todos los días, cinco veces por sema-

na, tenía ocasión de compararse con las otras chicas: cinco mañanas en las que, quisiera o no, tenía que ver cómo el resto de sus compañeras se paseaban por ahí con sus estrechos vaqueros. Ella, solo ella, era la única que estaba tan gorda. Estaba tan gorda que a la gente le daba asco mirarla. Tenía once o doce años cuando empezó todo: estaba hambrienta a todas horas y nada la saciaba. Ahora, a los quince, ya pesaba ciento treinta y cuatro libras. Sesenta y siete kilos, y no era especialmente alta.

Sin ir más lejos, en ese momento estaba muerta de hambre, cuando salía de clase siempre tenía hambre. Mecánicamente contó las monedas que llevaba en el monedero. Todavía le quedaban cuatro marcos con ochenta y cinco. Los cien gramos de ensalada de arenque costaban dos marcos. La tienda le resultó fresca después del calor abrasador que hacía en la calle. Al oler la comida, estuvo a punto de desmayarse del hambre que tenía.

—Por favor, doscientos gramos de ensalada de arenque con mayonesa —dijo en voz baja a la dependienta, que con cara de aburrimiento, detrás del mostrador, se rascaba una oreja perezosamente.

Pareció necesitar unos instantes para entender lo que Eva quería, pero luego se sacó el dedo de la oreja y cogió un envase de plástico. Cucharada a cucharada, fue metiendo los trozos de arenque y las rodajas de pepino hasta que, por último, dejó caer sonoramente otra cucharada de mayonesa encima y colocó el envase encima de la báscula.

—Cuatro marcos —anunció con indiferencia.

Como si tuviera mucha prisa, Eva dejó el dinero encima del mostrador, cogió el envase y se fue de la tienda sin

despedirse. La dependienta volvió a meterse el dedo en la oreja.

En la calle seguía haciendo mucho calor, el sol brillaba en el cielo como una enorme bola de fuego. «Pero cómo puede hacer tanto calor en el mes de junio», pensó Eva. El envase que llevaba en la mano estaba frío. Apresuró el paso; cuando entró en el parque, casi corría. Todos los bancos estaban ocupados por gente que tomaba el sol, los hombres se habían quitado la camisa y las mujeres se habían levantado las faldas por encima de las rodillas para que también las piernas cogieran algo de color. Eva pasó lentamente por delante de los bancos. ¿La estarían mirando? ¿La estarían criticando a sus espaldas? ¿Les haría gracia que una chica tan joven pudiera estar tan gorda?

16 ■

Ya estaba a la altura de los matorrales que separaban la hilera de bancos de la zona de los columpios. Rápidamente se abrió paso entre dos zarzas de espino blanco. Las ramas se volvieron a cerrar detrás de ella.

Allí nadie la molestaría, nadie la podía ver. Se inclinó para que la mochila le resbalara por el hombro y se sentó en el suelo. La hierba le hacía cosquillas en las piernas desnudas. Abrió la tapa del envase y lo dejó en el suelo. Durante un momento se quedó mirándolo fijamente, casi con devoción: los trozos de arenque, entre rosas y grisáceos, asomaban entre la grasienta y blanca mayonesa. Uno de los trozos de pescado todavía tenía adherida una tira de piel azul plata. Cogió ese trozo con mucho cuidado, apretándolo entre el dedo pulgar y el índice, y se lo metió en la boca. Estaba frío y su sabor era intenso y algo ácido. Lo fue desplazando lentamente por la boca con la lengua hasta que también

notó el sabor grasiento de la mayonesa, que fue suavizando la acidez. Solo entonces empezó a masticar y a tragar, sus dedos volvieron a introducirse en el envase y se llenó la boca con trozos de arenque. Lo que quedaba de la salsa lo rebañó con el dedo índice. Cuando el envase estuvo vacío, se levantó con un suspiro y lo tiró debajo de un arbusto. Después se volvió a colgar la mochila del hombro y se alisó la falda con las manos. Se sentía triste y cansada.

Las flores radiactivas

Agustín Fernández Paz



En la fosa atlántica, donde los países europeos vertieron residuos radiactivos hasta 1982, dos pesqueros descubren una gran mancha brillante que produce un misterioso resplandor en el mar. Cuando la OTAN envía barcos a examinar la zona, se descubre algo sorprendente que las autoridades ocultan en un intento de no alarmar a la población.

Alba, una chica gallega que se siente atraída por este descubrimiento, se irá adentrando en la investigación y hasta viajará a la zona con un grupo de ecologistas y periodistas. Una aventura que acabará teniendo repercusión mundial.

Mecanoscrito del segundo origen

Manuel de Pedrolo



Cuando Alba se tira al río para rescatar a Dídac, un chico mulato al que han empujado al agua, se produce un ataque alienígena. Justo en ese instante en el que Alba y Dídac están bajo el agua, el mundo, tal y como lo han conocido hasta entonces, deja de existir.

Cuando salen a la superficie, atónitos, descubren lo ocurrido y se van dando cuenta de que parecen ser los únicos supervivientes. Tras el *shock* inicial, la lucha se impone, hasta que ambos caen en la cuenta de que de ellos depende la construcción de un nuevo mundo y el preservar aquello del pasado que consideran importante, como por ejemplo los libros.

Alba y Dídac se convertirán en los nuevos padres de la humanidad porque decidirán ser el origen en lugar del final.

El ponche de los deseos

Michael Ende



Belcebú Sarcasmo y Tirania Vampir se disponen a preparar un ponche *genialcoholosatanarquiarqueologica-vernoso* para celebrar el año nuevo. Se trata de un tipo de brebaje muy apreciado en los círculos de brujería por el poder que posee. Con este ponche, todos los deseos que pidan antes de las doce de la noche se cumplirán, pero al revés. Es decir, si piden que haya paz, habrá guerra.

Pero el gato de Sarcasmo y el cuervo de Vampir, que escuchan lo que se está tramando, buscarán una solución al maleficio para que el brujo y la bruja no se salgan con la suya.

La aventura inmortal de Max Urkhaus

Joan Manuel Gisbert

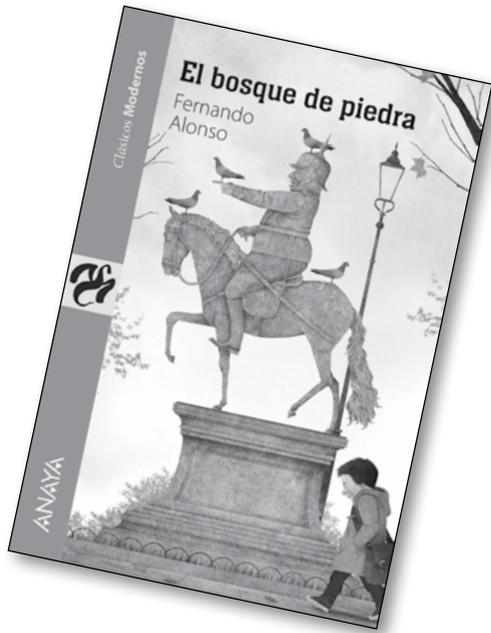


Max Urkhaus, un extraño y casi invisible investigador que parece haber alcanzado una edad inverosímil, se dedica a experimentar en secreto con el pensamiento humano y las leyes de la materia. Su incesante búsqueda de personas adecuadas para sus pruebas lo lleva a entrar en contacto con tres prodigiosas jóvenes hermanas, idénticas hasta un grado nunca visto, que son el resultado de manipulaciones y pruebas de laboratorio en genética y embriología.

Con la decisiva colaboración de estas hermanas, Urkhaus emprenderá asombrosos experimentos con las dimensiones del espacio y los límites del tiempo, como nunca nadie se había propuesto hasta entonces, dando lugar a escenas inauditas.

El bosque de piedra

Fernando Alonso

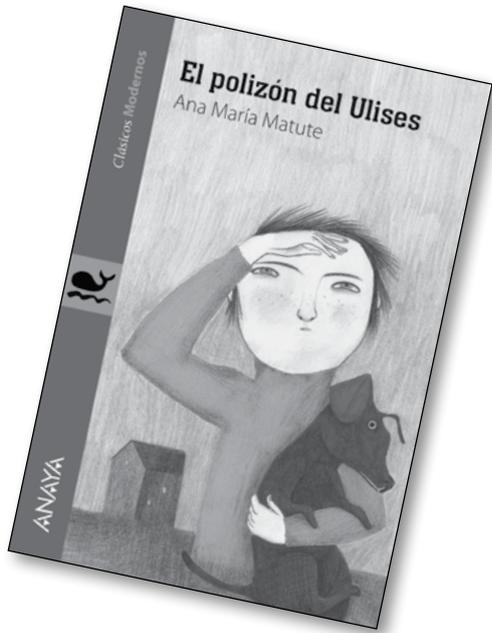


Dito tiene diez años y vive en una buhardilla desde la que se puede ver la catedral y las estatuas que la adornan. A Dito le gusta observar estas estatuas e imagina que conversa con ellas, así poco a poco va creando su propio mundo, su bosque de piedra. Su imaginación es tal que inventa cuentos inspirados en estas estatuas y se los cuenta a sus compañeros de clase que lo escuchan con atención.

Pero vivir en el bosque de piedra no siempre tiene buenas consecuencias, conviene volver también a la realidad.

El polizón del Ulises

Ana María Matute



Tres hermanas solteras (Etelvina, Leocadia y Manuelita) encuentran un día a las puertas de su casa a un niño abandonado. Después de buscar a los padres sin éxito, las tres hermanas deciden adoptarlo y llamarlo Marco Amado Manuel, aunque todo el mundo lo conocerá por Jujú. Cada una de las tres hermanas se emplea a fondo en enseñarle al niño aquello que considera más importante en la vida para que se convierta en un hombre sabio, elegante y práctico.

Pero a Jujú lo que más le gusta es refugiarse en el desván para leer y leer. Allí creará su propio mundo con la compañía inseparable del *Ulises*.

La cabina mágica

Norton Juster



Cuando Milo entra en esa cabina mágica que lo transporta a un mundo tan distinto y a la vez tan parecido al nuestro, empieza a tener experiencias sorprendentes. De pronto, ese tímido muchachito de diez años, desganaado y sin interés por nada, que piensa que «el proceso de adquisición de conocimientos es el mayor derroche de tiempo» imaginable, inicia un insólito viaje a través del Reino del Conocimiento. Y entonces descubre que la vida y la razón pueden ser tan estimulantes como no hubiera podido imaginarlo ni en sus más locos sueños infantiles.

Atrevete a entrar en esta cabina mágica, donde la poesía navega por un mundo imaginario, la lógica y la ilógica se confunden, y las palabras y los números discuten por su primacía.

La diversión está asegurada.

Una vida mágica

Diana Wynne Jones



Tras la muerte de sus padres, Gato vive a la sombra de su arrogante hermana Gwendolen, cuyos poderes mágicos todos admiran. Su vida transcurre apaciblemente bajo la tutela de una bruja mediocre hasta que los dos hermanos son enviados al castillo del poderosísimo mago Chrestomanci. Allí, Gwendolen se empeña en llamar la atención interfiriendo en la vida normal del castillo con toda clase de hechizos malintencionados. La cosa llega a tal extremo, que Chrestomanci termina retirándole la magia como castigo. Indignada, Gwendolen huye a un universo paralelo, enviando a ocupar su lugar a Janet, su doble en nuestro mundo, que sin embargo tiene un carácter afable y carece absolutamente de magia.

Todo se complica cuando Janet y Gato se ven envueltos en una conspiración de brujos y hechiceros contra Chrestomanci.

Al viento de la Camarga

Federica de Cesco



Estella ama la vida al aire libre que lleva en las amplias extensiones de la Camarga, al sur de Francia. Sus días transcurren entre el ganado y los caballos de un rico ganadero, a los que cuida su padre. A Estella le apasiona el trabajo que lleva a cabo su padre y sueña con realizarlo ella cuando sea mayor, a pesar de que es muy peligroso. Un accidente inesperado cambia por completo su vida y tendrá que enfrentarse con dureza a la realidad: el rechazo y la oposición a seguir la estela de su padre. Pero ella no se conforma con lo que se espera de una chica, tiene su propia forma de pensar y de vivir.

Una novela que habla de la aceptación y de cómo esto influye para relacionarnos con el mundo. Como decía Oscar Wilde: «Amarse a sí mismo es el comienzo de una historia que dura toda la vida».

Eva tiene quince años, no tiene amigas, está gorda y no se gusta a sí misma. Parece que la vida es más fácil para las chicas delgadas, o eso es lo que piensa ella. Al menos saca buenas notas, pero esto no le hace sentirse menos aislada. En su familia no se siente muy entendida, y en el instituto ya es habitual pasarse los recreos sola leyendo.

Si al menos tuviera más fuerza de voluntad para dejar de comer tabletas de chocolate y esas rebanadas de pan con mantequilla, podría adelgazar y todo sería diferente.

Sin embargo, conocer a Michel y a Franziska le ayudará a darse cuenta de que sentirse bien consigo misma no tiene que ver con los kilos de más.

Clásicos Modernos, una selección de los mejores libros juveniles para leer en el siglo XXI.

1579016

ISBN 978-84-698-0844-3



9 788469 808443

www.anayainfantilyjuvenil.com

REALISMO



ANAYA